



I CONCURSO DE RELATOS CORTOS “AULACE – FORO FARO CEUTA”

Título: “Las hermanas Soler”

Autora: M. Manuela Dolón Mendizábal

Tercer Premio

Aquella noche de verano hacía mucho calor y las dos hermanas Soler –Germana, ochenta años, y Valentina setenta y ocho- miraban la televisión, sentadas frente a ella, tras la mesa camilla, y con la ventana que daba al callejón totalmente abierta de par en par.

El callejón era estrecho, empedrado y empinado y por él apenas si pasaba nadie. Las casas de ambos lados, muy viejas ya y de una sola planta, parecían casi tocarse.

De pronto las dos hermanas oyeron un ruido y las dos a la vez miraron afuera. Las dos a la vez se levantaron y se asomaron a la ventana. Pero aunque había muy poca luz y la luz de la luna apenas si iluminaba la noche, ambas le pudieron ver con toda nitidez. Se quedaron las dos como paralizadas mirando con los ojos muy abiertos como aquel hombre, igual que una lagartija, reptaba por el canalón de la casa de enfrente, la casa de la viuda Agustina, su vecina de toda la vida.

Seguían mirándole estáticas, sin moverse ni parpadear, mientras el hombre llegaba al tejado y ya en él se ponía de pie ágilmente volviéndose a ellas y mirándolas a su vez. Se llevó el hombre un dedo a los labios a la par que con la otra mano extendida se la pasaba por su cuello en un gesto harto elocuente y que las dos hermanas entendieron al instante.

Inmediatamente las dos hermanas se apartaron de la ventana, cerrándola de golpe con el pestillo y con los postigos.



-Oye- dijo la más joven de las hermanas temblándole la voz y también las manos - ¿No deberíamos llamar por teléfono a la policía?

-¡Calla, no digas tonterías!! – le contestó la mayor un tanto irritada. -¿Es que no has visto como nos ha amenazado?... Nosotras no hemos visto nada, ¿entiendes?. Para nadie, ¿eh? Que no se te olvide.

La más joven asintió. Apagaron seguidamente la televisión, la luz, y se fueron a otro cuarto y ya allí, a oscuras y tras los visillos y los cristales de la ventana cerrada, se pusieron a espiar, hasta ver bajar de nuevo al hombre un rato después por el mismo canalón por el que había subido. En una de sus manos portaba una bolsa de plástico, que contendría seguramente las alhajas de la viuda y el dinero que solía guardar en la casa y que todo el barrio lo sabía.

El hombre se alejó a buen paso y las hermanas Soler cerraron fuertemente todas las ventanas, atrancaron la puerta de la calle con una barra de hierro y se fueron a acostar seguidamente. Pero no lograban conciliar el sueño. No hacían más que dar vueltas y más vueltas cada una en su cama en la misma alcoba, cubriéndose las cabezas con las sábanas pese al tórrido calor que hacía aquella noche.

-Deberíamos haber llamado a la policía- se oyó de pronto como en un susurro la voz de la más joven de las hermanas-

-No sigas diciendo idioteces, mujer –le contestó su hermana con mal humor. – Le cogen, sí, pero se les escapa por un causal o lo dejan libre enseguida y ése viene a buscarnos a nosotras. ¿Es que no lo comprendes? Y no querrás eso, ¿no? Así ha sido mejor. Nosotras no hemos visto nada.- volvió a repetir con firmeza.

Se callaron de nuevo unos momentos, pero al cabo de ellos la más joven dijo:

-Qué susto se habrá llevado la Agustina...

-Sí, pero después de todo para qué quiere ella ya las alhajas y hasta el dinero. Con cerca de noventa años que tiene ya poco necesita-

Su hermana, sin embargo, parecía seguir reinando en su cabeza. Dijo al cabo de un rato:

-Mira que si otro día viene aquí...

-No. Los ladrones saben muy bien a quien robar. Y todo el mundo sabe que nosotras no tenemos ni donde caernos muertas. Van sobre seguro – le contestó su hermana.



-Ya. Espero que sea así y tú tengas razón...

-La tengo. Y cállate de una vez y duérmete ya –ordenó su hermana dándose media vuelta en la cama y poniéndose de espaldas a ella como queriendo dar por terminada la conversación.

Las dos trataron de dormirse. Y sí, ya muy tarde lo lograron. Cuando se despertaron a la mañana siguiente el sol ya entraba por una rendija de la ventana cerrada. Lo primero que hicieron cuando se levantaron fue abrirla y mirar a la casa de enfrente. Todo estaba silencioso y tranquilo y ni siquiera aparecían señales o abolladuras en el canalón.

Poco después llegó la muchacha que todos los días iba a limpiarle la casa a la viuda Agustina y a echarle una mano. Estuvo aporreando la puerta un buen rato sin que nadie le abriera. Ellas, las dos hermanas, detrás de los visillos de una ventana, la observaban con atención pero notando que el corazón se les aceleraba por momentos y lo sintieran como si se les quisiera escapar por la boca.

La muchacha, cansada de dar en la puerta sin obtener respuesta, se volvió y llamó en casa de ellas. Ellas le abrieron las dos, la más joven parapetada tras la espalda de la mayor.

-Miren, que la señora Agustina no me abre, ¿Saben ustedes algo de ella?

-No, qué vamos a saber... Todos los días no solemos verla –dijo la más vieja.

-Pues yo ya estoy preocupada –dijo la muchacha-. A ver si se ha puesto mala o se ha caído y no puede levantarse...

-No mujer, gritaría y no la hemos oído. Algunas veces sale a hacer alguna compra. Cuando se va no nos lo dice a nosotras. Pero siguieres entrar a esperarla...- le dijeron a la muchacha.

- No, no, muchas gracias.

Y la muchacha se alejó no sin antes volver a pegar fuertes golpes en la puerta de la viuda como para resucitar a un muerto. Pero la viuda no resucitó.

Al poco volvía la chica con dos policías que descerrajaron la puerta y entraron en la casa. Y allí estaba, en su cama, medio incorporado su cuerpo, muerta, con los ojos abiertos y en ellos una expresión de terror y la cabeza cubierta de sangre. Los cajones de la cómoda se hallaban abiertos, revueltos, y la caja donde guardaba el dinero igualmente abierta y vacía, lo mismo que el cofre que contendría las alhajas.



Ellas, las dos hermanas Soler, que habían entrado detrás de los policías y la muchacha, contemplaron espantadas la macabra escena pero apartaron la vista enseguida. No querían mirar. Como tampoco querían mirarse entre ellas. Evitaban mirarse.

La policía les preguntó si habían oído algo, algún ruido, aquella noche. No, nada, no habían oído nada. Ellas se acostaban muy temprano, mintieron, y se dormían enseguida. Además estaban bastante sordas las dos, explicaron a los policías.

Y las dejaron en paz. Ellas se metieron en su casa silenciosas y sin siquiera hacer el más mínimo comentario. Jamás ninguna de las dos hablaría de aquello. Era como si no hubiera sucedido. Algunas veces, sin embargo, se sorprendería una a otra mirando el canalón. Pero sin mirarse entre ellas, rehuyéndose los ojos.

Al poco tiraron la casa, la casa del crimen de la viuda Agustina, y dejaron de ver el canalón. El solar seguramente no les recordaba ya nada y así vivieron hasta la muerte de ambas unos años más tarde. La más joven primero y la más vieja después.

FIN